



LA DISCUSION

DIARIO POLITICO, COMERCIAL Y LITERARIO.

Oficina y Redaccion, en la de Buenos Ayres No. 201.

SE PUBLICA LOS VIERNES Y DOMINGOS A LAS OCHO DE LA NOCHE.

Precio mensual, 2 pesos.

Condiciones de la Suscripcion.
La suscripcion de este Diario vale dos pesos por trimestre.
Cada numero suelto un Real Fuerte.
Toda correspondencia de interes general se publicará gratis.
No se admiten ningunas solicitudes que envuelvan personalidad o ataque la moral publica.

AVISOS.

Se reciben en la Imprenta del Diario, calle de Buenos Ayres No. 201, y en la Libreria argentina de D. Gregorio Barra, calle de las Cañeras No. 92 hasta las cuatro de la tarde.

ADMINISTRACION GENERAL DE CORREOS.

SALIDAS Y LLEGADAS.

Desde el 15 de Octubre se cerrarán las Bajas para los Correos del Interior de la Republica, en los dias siguientes:
Para Santa Lucia, San José, Dolores, Soriano, Mercedes, Fray Bentos, los dias 2, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los dias 5, 9, 13, 19, 23, y 29.
Para Santa Lucia, San José, Rosario, Colonia, Carmelo, Nueva Palmita, Piedras, Canelones, Florida, Durazno, Porongos, Tacuarembó, los dias 11, 19, y 27; y llegarán los dias 14, 22, y 30, y el de Minas los dias 17, 25, y 31.

Para Santa Lucia, San José, Rosario, Colonia, Carmelo, Nueva Palmita, Piedras, Canelones, Florida, Durazno, Porongos, Tacuarembó, los dias 11, 19, y 27; y llegarán los dias 14, 22, y 30, y el de Minas los dias 17, 25, y 31.
Para Cerro Largo, Artigas, Pando, Maldonado, San Carlos y Rocha, los dias 1, 9, 11, 19, 21, y penultimo de cada mes, y llegarán el primero, 6, 11, 16, 21 y 26.
Para Treinta y Tres, los 1, 11, 19 y penultimo de cada mes, y llegarán el primero, 11, 16 y 26.

Se previene al publico que las bajas serán cerradas precisamente a las 5 de la tarde en los dias indicados desde el 15 de octubre hasta el 30 de marzo siguiente.

Después de estas horas las cartas que se hacen en el buzón de la administracion general, quedarán detenidas hasta el proximo correo. Montevideo, Octubre 12 de 1861.

Prudencio Echeverriaza

MENSAGERIA ORIENTAL.

EN MONTEVIDEO, CALLE DEL URUGUAY No. 25.

Fechas de salidas y entradas a esta capital de todas las diligencias de interior de la Republica, con mas las salidas de cada uno de los pueblos de partida.

Para Canelones.

Con escala en las Piedras, sale de esta capital los Martes, Jueves y Sabados a las 10 de la mañana, y llegan a Canelones los dias 1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, 29, 31, y 1 de cada mes.

Para Santa Lucia.

Con escala en las Piedras, sale de esta capital los Martes, Jueves y Sabados a las 10 de la mañana, y llegan a Santa Lucia los dias 1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, 29, 31, y 1 de cada mes.

Para San Jose.

Con escala en Santa Lucia, sale de esta capital los dias 1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, 29, 31, y 1 de cada mes.

Para Rosario.

Sale de esta capital los dias 1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, 29, 31, y 1 de cada mes.

Para Colonia.

Con escala en Santa Lucia, sale de esta capital los dias 1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, 29, 31, y 1 de cada mes.

Para Durazno.

Con escala en Santa Lucia, sale de esta capital los dias 1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, 29, 31, y 1 de cada mes.

Para Mercedes y Fray Bentos.

Con escala en Santa Lucia, sale de esta capital los dias 1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, 29, 31, y 1 de cada mes.

Para Maldonado.

Con escala en Pando, sale de esta capital los dias 1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 23, 25, 27, 29, 31, y 1 de cada mes.

VARIEDADES.

Historia del Perú.

El Sr. D. Sebastian Lorente, autor de una *Historia del Perú*, cuya revista publicamos hace algunos meses, ha querido completar el monumento que ha levantado a su patria dando a luz la *Historia de la conquista del Perú*, de la que ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar, y a cuyo examen vamos a dedicar el presente articulo.

Si se mide la distancia que media entre las costas orientales y las occidentales de ese inmenso triángulo que se llama América del Sur, no podrá tenerse mas que una idea sumamente imperfecta de las dificultades que se oponian a la comunicacion entre ambos puntos, antes de la conquista; antes que la navegacion europea hubiera entrado en aquellos mares. A las dimensiones colosales de aquella parte del nuevo mundo, al os impenetrables bosques que la cubren, a los caudalosos rios que la cruzan, a las desigualdades estremas de su clima, se agregaban la escasez y la imperfeccion de los medios de locomocion que poseian sus habitantes. Así es que parecia natural que los pobladores de las costas del Atlántico careciesen absolutamente de noticias, concernientes a los de las costas del Pacifico. Y así debió ser, en efecto, con respecto a las naciones que habitaban los terrenos ocupados hoy por el imperio del Brasil, y por las provincias del Rio de la Plata.

Pero no puede decirse lo mismo de las que se habia fijado en las costas del golfo de Darien. Allí, por la proximidad del Istmo de Panamá, se sabia, no solo que mas allá del continente habia un vasto mar distinto del Atlántico, sino que sus aguas bañaban un gran y poderoso imperio, donde el oro era tan abundante como los españoles decian que era el hierro en su pais.

El intrépido Balboa, digno émulo de Colon, como muy propiamente lo llama el Sr. Lorente, fué el primer europeo a cuyos ojos llegó tan importante noticia, sirviéndole de ocasion la insalvable sed de oro que atormenta a los conquistadores. Disputándose algunos de estos sobre la distribucion de una cantidad del ansioso metal que habia caido en sus manos, el hijo de un cacique, joven de gran animo y de muy recto juicio, como el hecho acredita prorumpió, indignado al ver aquella explosion de la mas sordida codicia: "¿A qué reñir por tan poco? si es tanta vuestra ansia de oro, que por poseerlo vagáis con tantos trabajos lejos de vuestras tierras, y vais a inquietar las gentes pacíficas, provincia os mostraré yo donde podáis satisfacer vuestro deseo, — y en seguida les indicó el monto tras del cual se extendia el mar que deseaban ellos, y por el cual navegaban gentes a remo y velas en barcos poco inferiores en tamaño a los de los españoles, ponderando las riquezas incalculables de los pueblos que habitaban sus orillas.

Balboa, concibió entonces el proyecto de descubrir el nuevo Océano, creyendo que por él podia llegar a la gran India. Son muy interesantes las pormenores que la obra contiene sobre los preparativos y vicisitudes de aquella célebre expedicion, a cuyo éxito se oponian lo intrasitable del terreno, las fieras y los reptiles venenosos que en él abundaban, las tribus bárbaras que habitaban sus selvas, la escasez de provisiones, y los rigores de un clima tropical que enervaba las fuerzas vitales de los invasores, y atenúa a veces su entusiasmo.

A todas estas contrariedades se sobrepuso el indomito temple del caudillo, el cual tuvo por fin la satisfaccion de espaventar sus miradas en el Pacifico en el dia 26 de Setiembre de 1511.

Balboa reunió a todas las grandes cualidades del guerrero perfecto, a la longanimitad del héroe cristiano, a un ánimo indulgente y generoso, y a un sufrimiento de privaciones y otros males físicos, dignos de un filósofo estoico, una rectitud de principios y una buena fe en toda su conducta, que formaban un singular contraste con la frenética avidez de oro, con las disposiciones turbulentas y con la inexpugnable envidia de que dieron tan fuertes y escandalosas muestras casi todos los descubridores y primeros conquistadores del nuevo continente. La circunstancia de haber sido el primer europeo que vió el mar del Sur, parecía darle el derecho de ser el primero en surcar sus aguas, y emprender la exploracion de las tierras que lesaban. Penetrado de esta idea, y fija su mente y su voluntad en tan grande designio, no se detuvo en frente de los obstáculos que a su ejecucion se oponian. Era imposible construir buques en una costa desierta de los materiales necesarios para esta obra. Balboa vivió a presar el Istmo, y lo pasó por tercera vez provisto de maderas labradas, herramientas, cables y demás objetos necesarios: verdad es la hazaña, que parece increíble, considerada las dificultades con que tuvo que luchar, y de que dará una ligera idea la descripcion que hace el Sr. Lorente de aquellas regiones imperfectamente abreviada en lo que llevamos dicho.

A todo se sobrepuso la inflexible constancia de aquel varon eminente. Poseedor de un hal, construido en la playa — Usted acaba de fortalecer a Enrique IV por una alianza con la España, que despopularizaba a usted a los ojos de toda la Francia, por una contienda con el señor de Mayenne y usted no se levantará de ella.

—Todo eso será reparado mañana. —Que el abjure, y usted está perdida y toda la liga. He pensado en ello, el reino abjurará. —Anuncian la ceremonia de San Dionicio para el domingo. —Mañana el rey estará encerrado en alguna buena fortaleza. —¿Por usted? exclamó el hermano Robert. —Oh! no, ni siquiera lo intentaré, de sus amigos harán la tarea. —¿Sus amigos lo encerrarán? —Sus amigos los hugonotes, si. Enforcados por los rumores que corren acerca de la abjuracion de su jefe, han hecho un complot, y lo llevan hoy mismo al retiro que el mismo se ha elegido a casa de su nueva querida la señora de Estrées.

—¿Han tenido ese talento? —Se les ha indicado. Llevan pues con cuidado al rey Enrique IV, lo guardan a vista, para alejarlo de la masa, su antipatia, y durante su cautiverio habrán conseguido las ventajas que la trauicion del Español me ha hecho perder.

—Eso es muy ingenioso, interpretó Robert, el utilizar de ese modo a los amigos de su enemigo. ¿Pero tiene usted la certidumbre de que los hugonotes llevarán al rey antes de la abjuracion? —Su misma escoba se encarga de ello. El ha hecho venir a los alrededores de Chatou un destacamento para proteger sus excursiones amorosas. Nuestro Bearnes es muy enamorado. ¡Y bien! lo protegerán tan bien que ya no tendrá riesgo que perder.

El hermano Robert levantó los ojos al techo, que un ligero ruido acababa de agitar.

—Veo que están bien tomadas las medidas de la señora duquesa, dijo para obedecer a la varilla de Gorenflot; pero en fin, después de haber tenido a Enrique preso, los hugonotes le darán la libertad, aunque no fuese sino para silitar a París; porque usted ha previsto el caso en que realice el sitio de esa capital, ¿no es verdad, señora?

—Sí, reverendo.

—¿Y aun el caso en que tomase París?

—No he previsto esa circunstancia, es verdad; Enrique III sitiaba París como

occidental del Istmo, Balboa se abundó al desconocido Océano, y después de una navegacion llena de horribles privaciones y de incesantes peligros, consiguió ver la tierra del Perú, y adquirir sobre aquel imperio bastantes datos para conocer su importancia y la imposibilidad de penetrar en ella con los escasos medios de que podia disponer.

Volvió al continente para propornarse los que tan alta empresa necesitaba, y victima de una infame trauicion manejada por su suegro Pedrarias, fué puesto en la cárcel, procesado, y, por último, condenado al suplicio. No hay voces con que vituperar dignamente tan escandaloso atentado. La historia abandona su calificación a la conciencia de todo hombre, de cuya alma no se han borrado enteramente las mas sencillas nociones de moral y de justicia.

Después de esta catástrofe, empiezan a brillar en los anales de la conquista los nombres de Pizarro y Almagro. Pizarro fué el primero que empujó el verdadero Perú cultivado con esmero, no menos abundante en metales preciosos que en pas mas esquisitas producciones del reino vegetal; el Perú gobernado paternalmente como una familia. La descripcion de la entrada del descubridor en la ciudad de Tumbez, último baluarte del Imperio, por la parte del Norte, es uno de los pasajes mas interesantes de la obra del Sr. Lorente.

Acogió los allí los españoles como enviados de los dioses, objetos de una hospitalidad sincera y reverente, pudieron admirar la belleza del pais, la igualdad deliciosa de su clima, la sencillez, el candor y el buen sentido de sus habitantes, la profusion de oro y plata con que adornaban sus casas y personas, los productos de su industria, particularmente en el ramo de tejidos y de elaboracion de aquellos metales y la inteligente curiosidad con que procuraban informarse de los objetos que por primera vez se ofrecian a su vista, y que miraban con no menos interés que extrañeza, como muestras de una civilizacion de que no tenían la idea mas remota.

Que campo inmenso habia apestado a los ojos del amigo de la humanidad, y al cristiano poseedor del verdadero espíritu de religion! ¿Como no se presentó a la mente de Pizarro la idea de cultivar a aquellas gentes, tan suaves tan dóciles; tan disciplinadas por medio del Evangelio, predicado como los apóstoles lo predicaron, y no forzado por la alternativa de la muerte, como se habia propagado el código de Mahoma?

¿Que fácil no habria sido iniciar en las artes europeas, en las ciencias y en las letras a una raza que poseia sublimes pa-

lacios, formidables fortalezas, caminos semejantes a las grandes vias de los romanos; raza que cultivaba con el mayor esmero la tierra, que la fecundaba por medio de asombrosas obras hidráulicas, que cosechaba bastantes frutos para alimentar a muchos millones de seres humanos, sin haberse conocido jamas en aquella region privilegiada el terrible azote del hambre! Este generoso y caritativo designio, no estaba en armonia con las costumbres, con las opiniones y con los prejuicios que dominaban a la razon en las naciones europeas.

A la barbarie del régimen feudal habia sucedido el poder absoluto de los reyes. La fuerza se constituyó en único instrumento de gobierno, tanto en una época como en otra. Pizarro no pensó en atravesar la amistad de los peruanos. No pensó mas que en someterlos.

La conquista del Perú llegó a ser el gran objeto en que se encontraron todas sus aspiraciones.

Son en alto grado curiosos los pormenores que el autor cuenta de los preparativos de la expedicion que debia agregar a los dominios de España, una de las regiones mas olientas del mundo, las aventuras de los primeros ensayos de conquista; las vejaciones y malos tratos que infligieron los españoles a los pobladores de las costas en que desembarcaron, pormenores que han debido ser fruto de largos y serios estudios, y que escitan vivamente la curiosidad del lector, tanto por su importancia y novedad, como por las dotes del estilo en que están narrados.

La lamentable historia de Atahualpa, ocupa muchos pájinas llenas de interés y de grandes efectos dramáticos en el trabajo del Sr. Lorente, de buena gana horramos de nuestros recuerdos históricos, este inico y sangrante episodio. Atahualpa era monarca legítimo de una nacion grande, morigerada, gobernada por leyes y tradiciones justas y morales. Su dinastía ocupaba el trono por derecho hereditario que cantaba siglos de duración. Tanto por la veneracion casi religiosa que tributaban los peruanos a la institucion monárquica, como por las preir das amables del que a la sazón ocupaba el trono, su persona era objeto, no solo del respeto debido a la institucion, sino del tierno y filial afecto de sus súbditos.

Pizarro, internándose imprudentemente en aquellos dominios, con fuerzas infinitamente desproporcionadas a las formidables huestes que rodeaban al Inca, no descubrió otro medio de esquivar el inmenso peligro a que su temeridad lo habia espuesto que el de poderarse de la sagrada persona del jefe del Estado.

Pizarro no procedió en esta ocasion como enemigo, sino como juez. No lo cautivo como fué cautivado un rey de

Enrique IV puede hacerlo, y no lo tomé.

—Ah! dijo el hermano Robert con una voz vibrante que retumbó en las bóvedas, es porque entre París y Enrique III... se ha encontrado...

—El acontecimiento de Saint-Cloud.

—Sí, señora, y solamente hay un Saint-Cloud en los alrededores de la capital.

—Es probable; pero lo que se ha hecho en Saint-Cloud se hubiera hecho tambien en otra parte.

Entonces la duquesa se levantó, y saludando amistosamente a Gorenflot.

—No me guardo usted rencor, dijo. Estaba loco después de la querrela con mi hermano Mayenne. ¡Si usted supiese cuán fundido quedé cuando esta mañana entré en mi casa con ese tratado español en la mano! Me hubiera pegado a mí misma. Pero usted tiene razon, en la España que nos vende y hace conventos con el Bearnes para debilitarme.

—Esa es mi opinion, dijo el hermano Robert.

—Y bien tranquilícese usted, añadió la duquesa. El Bearnes no reinará aunque se halla aliado con veinte Felipes II; no reinará, doy a usted mi palabra.

POLEMIKA.

HERMOSA GABRIELA

POR

D. Augusto Abaquet.

XXI

La Duquesa Tiflouna

—Sé lo que su señoría quiere decir: primero es necesario conocer el culpable... segundo, arrestarlo, tercero convenirlo...

—No será difícil señor primo.

—Entonces procedamos, dijo el hermano Robert levantando las mangas de Gorenflot con un gesto de apresuramiento burlesco. ¿Cual es?

—¿Usted o el hermano Robert? exclamó la duquesa.

El intérprete se volvió hacia madama Montpensier, y le dijo friamente.

—No lo crea.

—¿Como?

—Mis bien creo que es usted o el rey de España.

—¿Qué interes tendria yo?... exclamó

mó la duquesa aturrida por esa audaz confianza.

—¿Y yo dijo el hermano Robert, qué interes?

—No sabe, el alma de un faule es una caverna.

El alma de los reyes y de las duquesas es un abismo, dijo con altavoz el intérprete. Por otra parte, pruebo usted... Y como no puedo, como no podría probarlo... como la mujer es un espíritu débil, petulante, que busca siempre los extremos cuando es tan grande y tan fácil permanecer en el centro de las cosas, yo le probaré que usted tiene traidores en su casa.

—El despacho de España no ha salido de mi poder.

—Entonces la España se burla de usted, y ha enviado un duplicado de su despacho ora al rey de Navarra, ora al señor de Mayenne. ¡La España quiere reinar en Francia sin su nieto, sin usted! Creo a usted demasiado fuerte y quiero debilitarle fortificando momentáneamente a Enrique IV, enemigo de usted.

La duquesa reflexionó impresionada por esa nueva idea.

—Es posible, murmuró.

—Es cierto, y le invito de veras a hacerle descuartizar a su Magestad Católica si usted no prefiere hacer decapitar a

esa pérdida Catalina de Lorena, duquesa de Montpensier, para castigarle por haberse vendido tomando la mediacion de los Españoles.

—Usted tiene razon, don Modesto.

—Era necesario que usted misma arreglase sus negocios.

—Eso siempre me ha salido bien, y así lo haré.

—Es verdad que usted se encuentra hoy en un gran aprieto.

—Saldré de él.

—No preguntaré a usted como, porque temo que mañana usted me acuse aun de haber prevenido al Bearnes... ¡el Bearnes que ha jurado hacer enroscar y quemar vivos a cuantos han tomado parte en la muerte del rey difunto!... cuyo triunfo sería mi perdicion como la de usted.

—Perdóneme, el dolor extravia...

—¡Jasta insultar y amenazar a amigos tales como yo, hasta sospechar de ellos!... Vaya, vaya, señora, se lo habia dicho a usted muchas veces: ¡Rompanos! ¡rompanos!... Ya no hay amistad entre gentes que desean unido de otro.

—¿Usted desconfia, pues, de mí?

—A causa de sus faltas, si, señora; usted las comete y perderán a sus amigos.

—Ya no las cometeré, don Modesto.

